



Reconocerse en el naufragio

La invencible de Vicente Quirarte

Ilustración: American bar, Larousse du XX siècle, 1928



Fabiola Eunice Camacho

*Varado en alta sierra, que el diluvio
y el vagar de la huida terminaron.
Gilberto Owen*

ANTE UNA PÉRDIDA NOS PRESENTAMOS COMO NÁUFRAGOS. Qué decir de la pérdida de quienes nos heredan un destino o simplemente rasgos y formas de soportar el devenir de los años. Somos náufragos etéreos. Puede que la escritura sea ese territorio donde el azar traza la cartografía, pues nadie sabe si en realidad será posible llegar a buen puerto, si el viaje conjugado en libretas y papeles sueltos nos lleven a edificar una ciudad o un mausoleo, o bien, si toda la carga de experiencias puedan constituir una historia, la nuestra, donde las semejanzas entre la vida y la escritura no son sino puentes tendidos desde un dolor amoroso y profundo. Aun cuando la pluma defina cartografías personales, direcciones de lugares que nunca serán dados a conocer a los demás, esa necesidad de materializar el recuerdo —de hacer visibles a los fantasmas— nos da por lo menos una certeza de que esa historia fue verídica. Tal y como lo manifiesta Josefina Vicens en la

voz de su personaje José García, “yo escribo y me leo, únicamente yo, pero al hacerlo me siento desdoblado, acompañado”, el *doppelgänger* de quienes fuimos nos señala la esperanza de que habrá un futuro que podrá repetirse. Pero la escritura se presenta como ese oficio de solitarios, de lobos que no soportan a su manada y corren hasta encontrar su lugar para regresar de nuevo. Como sucede con las perennes contradicciones, escribimos por una necesidad de refrendar nuestro espacio, nuestra soberana postura de estar en el mundo, y sin embargo, no hay forma de negar que necesitamos a los otros miembros, que su recuerdo inunda la experiencia que página tras página solidifica nuestra mirada y nuestros deseos. En ese espacio de tiempo, entre la escritura y lectura de nosotros mismos, nos identificamos como seres completos, cuyos efectos personales serán el recuerdo de una mirada compasiva, un saludo o la última carcajada que en los momentos más desoladores se impondrán como nuestro único refugio del voraz silencio.

Pero más que un refugio, la escritura se vuelve una clase de cura a los males de la melancolía. Hace un par de años, Darian Leader explicaba que el arte se vuelve una opción terapéutica para la depresión, para el traslado de regreso de la melancolía al duelo, y de éste a la vida sin más. Tocar puerto luego de largos años de naufragio donde los mensajes encapsulados en botellas no hacen sino profundizar nuestra soledad se vuelve la manera de encontrar cierta de paz, incluso de cerrar ciclos, de abrir los brazos hacia un horizonte que quizá no sea sino una imagen estática. Ese es el principio con el cual Vicente Quirarte ubica su refugio, *La invencible*, título de su más reciente libro editado por el sello Joaquín Mortiz. En este espacio, Quirarte se vale de todos los recursos que extrae de su memoria, y con ella, como la práctica de la caminata, se desdobra conforme las calles y las imágenes se suceden para relatar la historia de su padre desde la mirada del joven que, en su pre-

sentación de hombre de letras, recorre nuevos caminos para aproximarse a respuestas que desde su juventud quedaron ocultas ante los constantes cuestionamientos sobre quién era realmente Martín Quirarte.

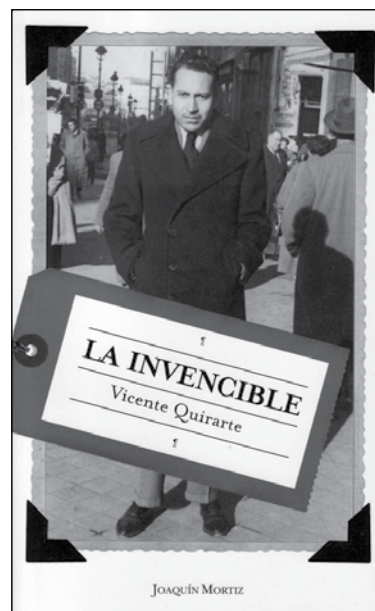
La pérdida de la figura paterna en la juventud nos lleva no sólo a sentirnos abandonados, sino con tantas preguntas que únicamente el paso del tiempo logrará responder. Susan Sontag en sus diarios plantea el duro problema de lidiar desde joven con la angustia del mundo adulto: “¿qué es ser joven en años y de repente ser despertada a la angustia, al apremio de la vida?”. Esa muerte de la juventud por causas naturales, por el aplomo con que la vida de todos se abre paso y cuya resonancia retumba en el espacio privado de nuestra conciencia, hace estallar el deseo de acompañar a nuestros muertos, hacerlos partícipes, como un rito de paso, del umbral hacia otra etapa vital. Necesidad de protección o simplemente de acompañamiento es lo que se experimenta cuando por la tarde una no desea otra compañía que una cerveza bien muerta y un tequila blanco ardiente. Brindar con los muertos por nosotros; por el sufrimiento en sí. Meterse a la Invencible y perderse para los demás. Dejar que el calor cristalino se evapore por nuestra garganta y sentir el humor del agave; que la espuma fría nos lleve a los océanos pétreos de nuestra infancia, al atávico lugar que marcará cada línea de nuestro libro. Caminar el libro como se camina la ciudad que ha visto crecer como escritor y maestro al también autor de *Elogio de la calle* es hacernos al mismo tiempo un homenaje personal como lectores y como compañeros de expedición. Es reconocer en una historia personal a cada uno de nosotros en los ojos del padre que tarde o temprano perdemos sin otra posibilidad que rememorar los momentos en que el desasosiego aún nos hace cómplices.

La ciudad vuelve a ser un personaje dentro de la prosa esmerilada de Quirarte. No sólo es el espacio donde su padre junto a su familia deambuló en busca

de las coordenadas adecuadas para manifestar la experiencia del amor y la pérdida. Todo se inicia en el corazón de la ciudad, en las calles donde los rumores y las imágenes condensan una atmósfera de celebración constante y donde el narrador comenzó, gracias a la devoción de don Martín por el libro como única verdad, a construir la idea de la escritura como vida y en sí como una forma de alejar a la muerte. Y entre calles y libros, donde las entrelíneas logran diálogos con Melville, Vicens, Owen, Woolf y Bonifaz Nuño, la mirada de un maestro traza las propias reglas de la ética en sus hijos, en sus alumnos y en los amigos. Las fechas y los lugares se intercalan con acontecimientos de su familia; juntos conforman una poética que se relaciona con sus otros libros —una poética perfeccionada durante el proceso creativo— y que construye, mediante la reflexión y el dialogo con los autores, ese otro puente entre la memoria y el deseo. “Escribir es avanzar. Caminar y correr ahuyentan estériles fantasmas y nos dejan con los imprescindibles.” Y como apuesta estética, Quirarte rebasa no sólo sus recuerdos, sino su propio estilo. Regresa a sus temas, visita a sus amigos, —escritores también— o mejor dicho, se hace acompañar de ellos para ahuyentar dichos espectros. Nos acompaña en el acto de respirar y reunir fuerzas para meditar, con un trago de cerveza de por medio, sobre la propuesta de traducir la vida mediante la mirada de quienes no nos dejarán solos: nuestros seres amados, nuestros libros, nuestra ciudad.

La invencible se torna en el lugar donde Sindbad el varado, de Owen, se propone desvanecerse en el acto estético de la contemplación

Esta mañana me consume en su rescoldo la conciencia de mis llagas;
sin ella no creería en la escalera inaccesible de la noche



La invencible
Vicente Quirarte
México, Joaquín Mortiz, 2012.
144 pp.

Y el regreso, gracias a la llama del tequila en el vacío del estómago ya herido, nos conmina a escuchar la voz interna, la voz que nos lleva a reconocer lo aprendido en el largo naufragio. La finitud del tiempo y la sensación de encontrarse suspendido ante una pérdida es una reflexión constante desde la cual el narrador construye su propio lugar:

El tiempo del viaje hace de su protagonista un ser suspendido en el abismo. No importa que lo colmen iluminaciones o desventuras: el viajero es una hoja ávida de signos, una esponja que absorbe lo que en un principio no le pertenece y hace suyo, con una avidez que no poseen los propios del lugar. Su tiempo y su espacio son los del enamorado en los momentos iniciales, irrepetibles, de su entrega, de su posesión absoluta del mundo.

Así, Vicente Quirarte traslada la idea del lugar físico como refugio al oficio de la escritura no sólo como cobijo y vientre protector, sino como la sustancia nutricia que da señales de nuestro paso por la vida, de nuestra propia proyección de la historia, y como un acto que da cuenta de una postura ética sobre la estética. 